

DR. ARMANDO ZÁRATE

SELECCIÓN DE CUENTOS

(Del libro “Penas Extraordinarias”-ED. Corregidor” 1984)

(Los siguientes textos están protegidos por el Derecho de Propiedad Intelectual.

Para su reproducción se debe requerir la autorización del autor. A tal efecto, dirigirse a la dirección de correo electrónico contacto@sadecor.org)

ENVES DEL TIEMPO

La vida eterna fue la única recompensa de estos hombres que poblaron el espacio, antes que sucumbieran al hastío, la soledad y las tinieblas.

Eran seres telepáticos, de forma luciente. Sus alas vibraban en el aire apacible hasta perder toda condición de peso o roce con la materia. En algunas especies, el adulto portaba una tizona que podía hacer de látigo o de clava. En los días crepusculares se les veía formar cúmulos alegrísimos que volaban en la atmósfera luminosa de las montañas de Armon.

Aquel país era delicioso, aún incorrupto. Allí parecía que sólo prosperaban el eco o la luz. Horas enteras las dedicaban a la levitación de la especie. Subían tan alto que no se distinguían en el cielo, y podían ir como las bacterias aerobias, más allá del plasma estelar. Toda fuerza que pudiera dominar a otros seres vivientes, como el hambre o el sexo, carecía para ellos de sentido. Su aparato bucal y el genético, eran puras encarnaciones simbólicas. Desconocían el beso o el alfabeto, pero inventaron signos que dios nunca logró entender.

Sin embargo, la tradición los prefirió al bisonte, al buitre o la hiena. Porque una vez que perdieron su destino superior, se les destinó a otra cosa.

Fueron convertidos en termites, que aún ofician en el interior de la llanura, se nutren por medio de tentáculos, y levantan torpes pirámides de litio y montes de lava verde.

ENCUENTRO

Reposaba tendido con el cabestro en la mano, cuando advertí por el lado claro de la tarde, el jinete que me buscaba.

Después de rondar, más de una vez la noche, o fin a la hora fatigada del estío, creyendo que era yo, como se dice, pa' juntar moscas.

Con salto de gato, Demóstenes Lupo se descolgó del recaó, sin tocar el estribo, y en nombre de Dios peló el alfajor.

Entendí que el duelo era limpio, y sin mediar un terno, nos dimos a la precaución y las fintas. Nos batimos sin descanso, en el vacío desierto. Parecía ser más ágil que yo, como en el truco, cuando copaba. Pero acaso nunca imaginó que no podía cortarme, hasta que habiéndome fastidiado, dispuse volverlo del tamaño de una hormiga.

Volví al pago con un atao de pesos, los míos y los de Lupo, que no pudo quitarme del tirador. ¡No había cuidado que alguien pensara que había hecho yo en pocos segundos una semana de camino! Al caer esa tarde, crucé la puente del arroyo, y le dije a sus padrinos que fueran a buscarlo, antes que la apazanca, que engorda más que el arcalde, se lo comiera.

CANTO RODADO

Entre las más naturales lorigas, he visto sin exageración una de rapidez increíble que, al primer atisbo de peligro, recoge la cabeza y las patas y, haciéndose una bola corre en todas direcciones empujada por el viento o el declive.

Un hombre armado, con un tiro de pistola, no puede darle en el vientre. Si el mastín la ataca, se le quema el morro y queda ebrio. Cuando va de rueda, sigue intacta si cae al agua hirviendo, se la atiza con fuego o le da coses un mulo.

No hay paciencia que pueda tenerla en vilo más de una hora. Nadie puede echarle un lazo, tirarla de una puente, encantarla con flauta o toparla con un bloque de hielo.

Cuando está libre es mejor evitar su roce, cederle las puertas, abrir un claro en el bosque o dejar que pase entre las bestias.

Esta loriga puede trotar setenta leguas, rodando siempre, comiendo mal o no comiendo, cruzar sepulcros y galpones, o meterse en la tienda de los soldados y, venciendo todo cansancio, dar saltos acrobáticos y perderse de vista.